

EL GÉNERO POST-BACHELET:
LA PÉRDIDA DE UN TERRITORIO COMPARTIDO

María de los Ángeles Fernández Ramil

MARÍA DE LOS ÁNGELES FERNÁNDEZ RAMIL

Cientista política, Directora Ejecutiva Fundación Chile 21. Ex presidenta de la Asociación Chilena de Ciencia Política (2000-2002) e integrante de la Comisión Boeninger para la Reforma Electoral. Sus áreas de investigación son historia intelectual de la Ciencia Política, partidos políticos, calidad de la democracia y mujer y política.

EL GÉNERO POST-BACHELET: LA PÉRDIDA DE UN TERRITORIO COMPARTIDO

LA POLÍTICA DE LO IMPOSIBLE O CÓMO GENERAR LA SOLIDARIDAD FEMENINA

Un reconocimiento merecido. Así puede ser leído el hecho de que Michelle Bachelet, ex Presidenta de Chile entre 2006 y 2010, asumiera formalmente el 1 de enero de 2011 el cargo de Secretaria Adjunta de ONU-Mujer, institución que aglutinó a todas las agencias que el sistema de Naciones Unidas ha destinado para el trabajo a favor de las mujeres alrededor del mundo. El 11 de marzo de 2010 debió traspasarle la banda presidencial a Sebastián Piñera, candidato de la Coalición por el Cambio, en representación de la derecha. De esta forma, una Presidenta que le había asegurado a la Concertación de Partidos por la Democracia, coalición de centroizquierda que venía gobernando Chile desde 1990 en cuarto mandato, debía ahora entregárselo a un presidente de distinto color político, concretando, de esta forma, el principio de la alternancia desde que se recuperara la democracia

Es una interpretación plausible para entender la nueva responsabilidad, ahora a nivel mundial, que asume una mujer que, siendo Presidenta, desplegó un mandato marcado por el interés en promover la igualdad de género. No solo es la primera presidenta en la historia que conforma un gabinete con similar número de hombres y mujeres, solamente precedida por el Presidente de España, José Luis Rodríguez Zapatero, sino que, asimismo, desplegó un abierto discurso acerca de la discriminación que viven las mujeres, lo que la distinguió de inmediato de sus antecesoras. De ellas, solamente Gro Harlem Brundtland, de Noruega, manifestó una impronta similar, aunque ha sido más reconocida por su promoción de los temas medioambientales. Su compromiso con los derechos de las mujeres y su reivindicación de un liderazgo de tipo femenino, unido al hecho de ser la primera mujer electa por la vía de las urnas en un país importante de América Latina y reconocidamente conservador, despertó expectativas que trascendieron las fronteras. Por lo demás, existe relativo acuerdo en afirmar que su elección abrió camino a otras mujeres que han llegado, después que ella, a tan alto cargo. Son los casos de Cristina Fernández, de Argentina, Dilma Rousseff, de Brasil y Laura Chinchilla, de Costa Rica, por citar los más importantes.

A pesar de todo ello, si se observa con detención el paisaje de las relaciones entre hombres y mujeres, Chile parece haber vuelto a la situación previa a su elección. Es cierto que desde algunos círculos se insiste en reconocer el impacto simbólico de su gestión, pero ello no oculta la dificultad que entraña medirlo desde el punto de vista empírico, aun aceptando la idea de que pueda existir una relación positiva y poderosa entre la presencia de mujeres en cargos electivos y las actitudes y comportamientos de las mujeres. Pero nuestro país se mantiene, contra la corriente latinoamericana, sin una

ley de cuotas, con un porcentaje de presencia parlamentaria femenina por debajo del promedio regional y con el hecho de que, de las diecinueve ministras que integraron su gabinete, solamente una de ellas ostenta en la actualidad un cargo de visibilidad política¹. Por otra parte, Chile ostenta el lamentable récord de ser uno de los países del mundo con la ley más restrictiva en materia de aborto terapéutico² y, pese a su decidido impulso a la protección social y a las políticas sociales desde la perspectiva de los derechos de las mujeres, poco se ha alterado el enfoque mercantilista y asistencialista instalado en el Estado. Algunos datos hablan por sí solos: Bachelet, a pesar sus cinco cambios de gabinete, terminó su mandato con 46 % de ministras versus la situación del Gobierno actual, con 18 %. En el ámbito legislativo, de 5,3 % senadoras y 15 % de parlamentarias, Chile se encuentra hoy con 13,1 % de senadoras y 14,17 % diputadas, ocupando el lugar 81 del ranking de la Unión Parlamentaria Mundial en materia de participación de mujeres en el parlamento. En el ámbito municipal, el panorama es de 12,46 % alcaldesas y 23% concejales. Este último porcentaje favorecido por el sistema proporcional que rige para la elección de dichos cargos.

Pero no solo eso. Su gobierno fue sucedido por otro al que las mujeres contribuyeron con su voto³, caracterizado por un intento de repatriarcalización en el que, junto con reducir sustantivamente la presencia ministerial femenina, ha venido a homogeneizarla como resultado de la promoción de una imagen femenina de corte meritocrático y de éxito. Adicionalmente, ha reemplazado la agenda de equidad de género centrada en los derechos de las mujeres por una que las confina a su rol de madres y trabajadoras, enfatizando el aumento de la empleabilidad femenina y evadiendo cualquier referencia a la dimensión estructural de la discriminación que viven las mujeres⁴.

Frente a esta paradoja, no cabe duda de que Chile presenta hoy, en materia de igualdad de género, un contraste como del día a la noche. Resulta inevitable que muchas chilenas no sientan hoy que su gobierno fue una suerte de paréntesis.

-
1. Nos referimos a Carolina Tohá, actual presidenta del Partido por la Democracia (PPD), que fuera Ministra Secretaria General de Gobierno. (N. de la A.)
 2. Al respecto, consultar Díaz, Soledad y Verónica Schiappacasse, "Derechos sexuales y reproductivos en el gobierno de Michelle Bachelet", en *Y votamos por ella. Michelle Bachelet: miradas feministas*, de Burotto, Alessandra y Carmen Torres (Eds.), Fundación Instituto de la Mujer-Fundación Heinrich Boll, Santiago, 2010, págs. 19-41.
 3. Se afirma que "el voto femenino que la favoreció en 2006 cambió su opción de centro izquierda girando levemente a la derecha en 2010". Para más detalles, consultar Varas, A., "Del éxito al fracaso concertacionista. El gobierno de Michelle Bachelet y la derrota electoral de 2010", en *Chile en la Concertación. Una mirada crítica, balance y perspectivas*", de Yesko Quiroga y Jaime Insignia (Eds.), Santiago: Fundación Friedrich Ebert, 2010, pág. 305. Sánchez, por su parte, luego de revisar la tendencia histórica del voto femenino en Chile, afirma que la elección de Bachelet en 2005 fue una excepción. Para más detalles, consultar Oliva, D., "Voto femenino en Chile: entre el retorno a la derecha y el amor por un independiente", en *El sismo electoral de 2009. Cambio y continuidad en las preferencias políticas de los chilenos*, de Morales, Mauricio y Patricio Navia, (Eds.), Santiago: Ediciones UDP, 2010, pág. 216.
 4. Para un seguimiento de la agenda de género del Gobierno de Sebastián Piñera, se sugiere consultar los números de octubre, 2010 y abril, 2011, del *Barómetro de Política y Equidad*, editado por las Fundaciones Equitas y Friedrich Ebert.

Dado el poco tiempo transcurrido, todavía no disponemos de suficientes análisis acerca de su mandato, a fin de identificar en ellos elementos que permitan explicar la actual situación. Sin embargo, es posible encontrar algunas reflexiones. En algunos casos, se analizan aspectos parciales, tales como los factores que explican su emergencia como candidata, las comisiones gubernamentales que creó, su relación con los medios, su intento por impulsar una ley de cuotas o sus políticas sociales, como Ríos Tobar, Sialvelis, Aguilera, Izquierdo y Navia, entre otros. Otros intentan un análisis más global de su gobierno, enfatizando los constreñimientos que enfrentó, así como el debilitamiento que su propia coalición comenzó a evidenciar durante su período; entre estos tenemos a Burotto y Torres, Franceschet, Franceschet y Thomas y Varas.

En lo que no hay dos versiones es en la interpretación de su gobierno como uno directamente vinculado con la defensa permanente de la causa femenina. Jalalzai y Krook y la comparan con Johnson-Sirleaf, de Liberia, y con Gro Harlem Brundtland, de Noruega, por su empeño por reclutar mujeres y por su defensa de políticas amigables para ellas. Por su parte, Htun y Piscopo la consideran la jefa de Estado que “destacó como la más apoyadora de los derechos de las mujeres”.

La justificación es la orientación general de algunas reflexiones, enfatizando las dificultades que experimentó, varias de ellas enmarcadas en su condición de mujer⁵. Algunos libros, aunque sin mayores aspiraciones analíticas, no evitan convertirse en una suerte de hagiografía de la ex mandataria, contribuyendo a inferir que enfrentó las dificultades en base a su encanto personal⁶. Además, en contraste con otras líderes femeninas que la precedieron, Bachelet debió gobernar en el contexto de una coalición de partidos, lo que introduce desafíos adicionales a las ya advertidas en la literatura para el caso de los sistemas presidenciales latinoamericanos⁷. La expectativa existente acerca del papel que podría cumplir una mujer en la Presidencia se veía alimentada por el rol destacado que dicha institución ha jugado en Chile a la hora de impulsar proyectos en materia de género, aunque, según el PNUD, es justo precisar que “los distintos gobiernos han evitado promover reformas en materia de derechos de las mujeres cuando se enfrentan a una correlación de fuerzas adversa, dentro y fuera de las instituciones políticas”. Por otra parte, a pesar de que los gobiernos concertacionistas habían impulsado la agenda de género, mostrando elementos de continuidad y logros en sus políticas, a Bachelet le tocaba una pesada herencia en términos de problemáticas pendientes, como las relativas a la participación política de las mujeres o los derechos reproductivos, lo que ha sido explicado como resultado de las divisiones al interior de la propia coalición y el modelo de una política basada en los consensos.

5. Para un ejemplo de este tipo de análisis, se sugiere consultar la introducción del libro *¿Género en el poder? El Chile de Michelle Bachelet*, de Teresa Valdés (Ed.), Santiago: Observatorio Género y Equidad-UNDEF-UNIFEM-Corporación de Estudios para el Desarrollo de la Mujer, pág. 13.
6. Nos referimos a *Bachelet en tierra de hombres*, de Patricia Politzer, Santiago: Random House Mondadori. Para una crítica a su interpretación, se sugiere consultar Fernández, M^a de los Ángeles, “El encandilamiento”, en *Qué Pasa*, Nº 2066, págs. 18-19.
7. Para más detalles, consultar Mainwaring, Scot y Matthew Soberg Shugart, *Presidencialismo y democracia en América Latina*, Buenos Aires: Paidós, 2002.

Esta visión es refrendada por académicas que, producto de sus estudios acerca de la realidad electoral chilena y su relación con el género, ya venían advirtiendo, desde hace algún tiempo, las dificultades para que la representación numérica de las mujeres sirviese para impulsar la representación de los intereses de género. Franceschet es un buen ejemplo de ello cuando sostiene que uno de los factores que socava la relación entre la representación numérica y sustantiva, es la heterogeneidad de las mujeres, lo que impide que se pueda percibir un interés de manera nítida. Los motivos, a su juicio, se encuentran en el conservadurismo moral y social de la clase política y en la propia debilidad del movimiento de mujeres, carente de vínculos con las que aspiran a cargos de representación popular. Por otra parte, dicha autora no se hacía muchas ilusiones con la llegada de Bachelet a la presidencia, a pesar de las expectativas que este hecho generaba. Junto con recordar que, a pesar de los cambios culturales y sociales experimentados por el país desde 1990, existían todavía ambigüedades en torno al rol de las mujeres como madres, advertía que era difícil esperar de su gobierno cambios automáticos en materia de igualdad debido a “las evidentes tensiones desatadas en el proceso de cambio cultural y su énfasis en la continuidad de las políticas económicas de Lagos”.

Más allá de los avances que su gobierno pueda haber significado para las condiciones de vida de las chilenas expresados en políticas concretas o si las definiciones del orden de género poco han cambiado, por cuanto no se alcanzó a alterar la división sexual del trabajo, nos proponemos en este artículo profundizar en algunos aspectos llamativos de su gestión, como es la capacidad para generar solidaridad de género, más allá del episodio de su campaña. Bachelet contó con el consistente apoyo de las mujeres de todos los sectores socioeconómicos durante todo su mandato. Con esta afirmación, no queremos decir que no haya recibido también el apoyo masculino. De hecho, en momentos específicos de su mandato, obtuvo más adhesión masculina, como ocurrió concretamente en marzo de 2009, por cuatro puntos porcentuales. La diferencia de apoyo por sexo que pudiera tener una mandataria con sus características no es algo tan relevante si asumimos el enfoque revisionista, según el cual se señala que “la variable sexo comienza a perder relevancia para entender las diferencias en la participación y actividades políticas”, y alerta acerca de la exageración de diferencias e infravaloración de similitudes en base a estereotipos asumidos.

Es por ello que, desde un punto de vista heurístico, puede resultar más sugerente explorar lo que explicaría el sostén femenino que recibió, cruzando diferencias ideológicas. De más está decir que el hecho de que quien detente la Presidencia sea una mujer, no le garantiza de manera automática el apoyo de sus congéneres. Stiegler y Maffia así lo revelan para los casos de la Canciller Angela Merkel (Alemania) y Cristina Fernández de Kirchner (Argentina). De hecho, la primera de las autoras va más allá y especifica que deben cumplirse varias condiciones para que el género juegue un rol en la práctica política de hombres y mujeres en el poder. Señala, entre ellas, la existencia de un desequilibrio en las relaciones de género, de forma que uno de ellos esté en desventaja; dicha situación debe haber sido experimentada por la persona que está en el poder; dichas experiencias deben ser interpretadas como una exigencia de la acción política y no como un problema individual, y cuarto, la orientación de una política de género concreta

dependerá del marco programático con el cual esté vinculada la persona en el poder. En cuanto a la solidaridad femenina, autoras como Valcárcel aceptan que “no ha sido el obligado comportamiento que ha tenido el colectivo de las mujeres antes de saber y obrar como un colectivo autoconsciente”. Por lo tanto, vale la pena intentar una hipótesis que permita explicar el apoyo que Bachelet logró detentar entre sus congéneres.

LA DIALÉCTICA POSIBLE DE LAS ESTRATEGIAS DE GÉNERO

La ex Presidenta chilena debió enfrentar críticas nada más asumir su mandato y durante el transcurso de este, particularmente mientras vivía los más controversiales episodios, como la revuelta de los estudiantes secundarios y la implementación del plan de reforma del transporte capitalino, conocido como Transantiago. Durante su segunda mitad, coincidente con el impacto de la crisis financiera internacional y con el remonte de adhesión en las encuestas, las críticas no arreciaron, sino que se fortalecieron, aunque adquiriendo un cariz distinto: la incredulidad. En un nivel superficial, y mostrando desconocimiento e insensibilidad acerca de las posibles diferencias a nivel de los imaginarios políticos entre hombres y mujeres, los analistas del momento tildaron como asistencialistas sus políticas anticíclicas que hacían uso de los cuantiosos recursos fiscales generados previamente por el superávit del precio del cobre durante su primer año de mandato (2006). Otros se centraron en sus atributos de personalidad entre los que destacan su empatía y honestidad, al punto de que se ha hablado de la “cariñocracia” de Bachelet⁸. El asunto no se limita a una cuestión de popularidad, como la prensa acostumbraba a abordarlo. Si bien es cierto que su gobierno remontó en medio de dicha crisis, de 39 % de junio de 2008 a 81% de diciembre de 2009, ello no contribuye a explicar totalmente el apoyo sostenido que tuvo de las mujeres, tanto para acceder a la Presidencia de Chile como durante todo su mandato. Bachelet obtuvo el triunfo electoral en segunda vuelta con el 53 % de apoyo pero, además, de acuerdo a Fries, logró quebrar la tendencia de mayor voto masculino hacia la Concertación en cinco puntos porcentuales y, además, logró 286.000 votos femeninos por sobre los masculinos⁹. Durante su gobierno, además, mantuvo un apoyo inalterable de las mujeres. Según la encuesta CEP,

8. En una referencia al gobierno de Sebastián Piñera, el influyente analista David Gallagher afirma que comenzó “hipnotizado por la cultura asistencialista de Bachelet, aunque se ha ido superando”. Por su parte, Navia argumentó sostenidamente que la popularidad de la ex Presidenta se basaba en el cariño que le profesan los chilenos, aunque siempre con una connotación subestimatoria. Para más detalles, ver Villalobos, J.C., “El Segundo Piso está más dedicado a apuntalar a los ministerios que a reflexionar”, *La Tercera*, 11 de junio 2011, pág. 6, y Navia, P., “Una Presidenta más querida que exitosa”, *La Tercera* Reportajes, 8 de marzo 2009, pág. 15.; y Navia, P., “La cariñocracia de Bachelet”, *La Tercera*, 4 de julio 2009a, pág. 12.
9. La solidaridad de género con Bachelet es confirmada por varios estudios. Cáceres cita a Carrera para señalar que cuando hay mujeres como candidatas, hay un voto solidario por parte de las electoras. Para más detalles, consultar Cáceres, V., “¿Tengo que mandar como hombre o puedo hacerlo como yo quiera?”, en *Y votamos por ella. Michelle Bachelet: miradas feministas*, de Burotto, Alessandra y Torres, Carmen (Eds.), Santiago: Fundación Instituto de la Mujer-Fundación Heinrich Boll, 2010, pág. 44.

si bien partió en junio-julio 2006 con un apoyo femenino levemente inferior, de 45 %, frente al masculino, de 47 %, en junio-julio de 2010, a pocos meses de finalizada su gestión, la diferencia se había revertido con creces: 80 % de mujeres la apoyaban frente al 74 % de hombres. Ahora bien, es importante consignar que el apoyo recibido por Bachelet no fue homogéneo en las mujeres. Por ejemplo, en sus cuatro años de gobierno, quienes más la apoyaron fueron las mujeres de los estratos socioeconómicos bajos, principalmente en los grupos D y E. Igualmente, en los sectores medios el apoyo a Bachelet fue alto. La misma encuesta CEP arroja que, al final de su gobierno, su apoyo femenino diferenciado por estratos era 86 % (baja), 76 % (media) y 69 % (alta). Si bien al inicio las mujeres de los estratos socioeconómicos más acomodados apoyaron en menor medida a la ex Presidenta concertacionista, se observa un considerable salto en el último año de gobierno. Se trata de un sector de mujeres que no tiene afinidades ideológicas con la mandataria, mujer declaradamente de izquierda y cuyo comportamiento político no basta, en este caso, interpretarlo mediante el recurso a políticas de las cuales no es receptor ni menos mediante el simple recurso al cariño.

Ello nos lleva a indagar en una dimensión de análisis escasamente explorada ya en los de por sí magros balances acerca de su gobierno. Nos referimos a sus estrategias políticas. ¿Por qué resulta de potencial interés estudiar dicha dimensión? Porque contribuye, no solamente a entender cómo gobiernan las mujeres y hasta qué punto el género es una variable estratégica de estudio, sino también porque nos obliga a observar sus comportamientos desde una perspectiva comprensiva del liderazgo y del poder que, más allá del interés político específico, resulta inspirador para todo tipo de mujeres, al proveer modelos trasladables a diferentes áreas¹⁰. De acuerdo a Gamble, el terreno de lo político está constituido por tres dimensiones: poder, identidad y orden. Si bien es posible sostener que Bachelet triunfó plenamente en el segundo ámbito, en el de la dimensión expresiva de lo político en la cual se juegan las identidades, abrazando lealtades, compromisos, obligaciones y deberes¹¹, y donde el género contribuye a configurar una de los tipos de identidades políticas más distintivas, más interesante resulta indagar cómo se movió la ex Presidenta en el campo del poder, entendida como la dimensión instrumental de lo político que formula la pregunta de quién obtiene qué, cómo y cuándo. Es el espacio en el que se determinan los cargos, se distribuyen tareas, se asignan recursos y se diseñan estrategias.

Esta opción se relaciona directamente con el análisis de su liderazgo político y permite contribuir a una interrogante que emerge en el marco de los estudios comparados del liderazgo ejercido por mujeres que dirigen países. Genovese y Thompson señalan,

10. Heller afirma que “tener otras mujeres como modelos no significa que estas tengan que ser perfectas ni sobrenaturalmente buenas o grandes figuras, pero sí es necesario que sean conscientes de la importancia de la solidaridad femenina”. Al respecto, consultar Heller, L., *Voces de mujeres. Actividad laboral y vida cotidiana*, Barcelona: Sirpus, 2008 pág. 154.

11. “Mi deber es proteger a las mujeres de Chile”, fue una de las frases pronunciadas por la ex Mandataria en su discurso del 21 de mayo de 2008. Es quizás la que recoge, con más fuerza, la invocación identitaria de la mandataria. Para más detalles, consultar Fernández, M^a de los Ángeles, “La orfandad del género”, *La Tercera*, 16 de agosto 2010.

en una de las obras pioneras acerca de la influencia e importancia que la cuestión de género ha tenido en el liderazgo femenino, no solamente que el género es particularmente estratégico “por cuanto uno de los aspectos que pueden servir para evaluar el legado dejado por las mujeres que han dirigido países es el efecto que tuvo su mandato con relación a las definiciones de género de su sociedad”, sino que “un líder político que consiga el éxito debe tener habilidad para transformar aparentes inconvenientes en ventajas”, por lo que “se puede esperar que las mujeres manipulen los estereotipos tradicionales para burlar o desarmar a sus oponentes”.

Si bien es cierto que existe una tradición de análisis acerca de las estrategias femeninas, no solamente en política, sino cuando se plantean llevar a cabo cualquier actividad, así como acerca de la dificultad estructural de las mismas, no se ha aplicado dicha reflexión de manera consistente al caso de mujeres que lideran países. Los motivos pueden ser varios: escasez numérica –ser Presidenta sigue siendo, a pesar de los avances registrados, todavía una excepción–, el hecho de que ninguna de las predecesoras de Bachelet haya decidido a desafiar el orden patriarcal, y porque los análisis existentes acostumbran a poner el acento en las barreras en el acceso al poder más que en lo que acontece cuando una mujer ya se encuentra instalada en él.

Entre las escasas reflexiones que abordan este aspecto en relación con el período de gobierno de Bachelet, destaca Varas, quien hace una referencia explícita al concepto de estrategia gubernamental para comprender la naturaleza e impacto de su gobierno. Dicho autor identifica un conjunto de estrategias iniciales, en una perspectiva de gerencia presidencial, las que debieron ser modificadas como producto de los factores de contexto. De ellos, los más llamativos fueron la revolución de los estudiantes secundarios, en 2006, y la estrepitosa puesta en marcha del plan de reforma del transporte urbano capitalino, más conocido como Transantiago. También señala estrategias más afines a la agenda pro derechos de las mujeres. En el marco de la segunda etapa del mandato destaca lo que denomina un liderazgo de nuevo tipo, basado en la honestidad y sinceridad para reconocer errores; la denuncia del machismo nacional recogida bajo la expresión “femicidio político” y las comisiones asesoras presidenciales como mecanismo subsidiario de la participación ciudadana.

Lo que acá nos proponemos es adoptar una mirada distinta, en la que el género es usado como estrategia, en un sentido instrumental y relacionado con la forma en que las mujeres detentan el poder. Estimamos que este es un nudo fundamental para comprender la forma en que Bachelet gobernó y tomó decisiones, finalizando con un capital político que no poseía cuando lo inició. La literatura feminista advierte que, en el ejercicio del poder en manos femeninas, no siempre confluyen poder formal e informal. Valcárcel afirma que hay un “cómo” peculiar en el ejercicio femenino del poder, que ella define como los márgenes normativos de su movimiento y sus características, y sintetiza como el ejercicio del poder sin la completa investidura (tomando prestada la idea a Celia Amorós) por cuanto, al no poder investir a otras, no es traslativo; por los tres votos clásicos de pobreza, castidad y obediencia y por la autorización para ejercerlo, siempre que lo hagan con fidelidad y abnegación. Pero, ¿cómo distinguir la autoridad formal de la autoridad informal? La primera se otorga porque quien ocupa el cargo promete satisfacer un

conjunto de expectativas explícitas, mientras que la segunda proviene de la promesa de satisfacer expectativas que a menudo no son explícitas. Esta última estaría relacionada con la popularidad y “no solo determinará sus perspectivas de reelección, sino que también su capacidad de influir sobre otros representantes políticos mientras aún detente el cargo. Si sus colegas ven que es débil, les resultará más fácil ignorarlo. De modo que la autoridad informal deriva no solo de su popularidad entre los electores, sino también de la estima, la confianza, la admiración y el temor de sus colegas. Para ganar poder, es necesario ganar autoridad informal entre los propios socios políticos, como enuncia Heifetz. En este sentido, la utilización de las estrategias señaladas también es útil para observar cómo ello posibilitó, en su caso, la confluencia de los dos tipos de autoridad.

No nos proponemos discernir si las de Bachelet fueron exitosas en términos de los resultados globales de su gobierno. Mal que mal, no pudo entregarlo al candidato de su propia coalición, Eduardo Frei Ruiz-Tagle. Tampoco discernir si dichas estrategias fueron espontáneas o deliberadas, aunque algunas autoras dan a entender la existencia de componentes de lo segundo. Ello no deja de resultar llamativo en una Presidenta que debió enfrentar una sorda, pero consistente subestimación, acerca de su autoridad y su capacidad, y que promovió una autoimagen de su persona como producto de las circunstancias políticas, dueña de una biografía autonomizada de su voluntad y al servicio de las demandas de un conjunto variopinto de actores: desde la sociedad en su conjunto, que la proclamó por la vía de las encuestas de opinión, hasta de los dirigentes de su propia coalición, que vieron en ella la oportunidad de neutralizar el evidente desgaste de cerca de veinte años en el poder. Por ejemplo, Díaz-Romero alude al uso que hizo de la institucionalidad de género heredada y que ella, dicho sea de paso, contribuyó poco o nada cambiar por cuanto el Servicio Nacional de la Mujer (Sernam), el Consejo de Ministros por la Igualdad de Oportunidades y el llamado Programa de Mejoramiento de la Gestión (PMG), que corresponden a administraciones anteriores. Dicha autora afirma que “tomando ventaja del conjunto de leyes y cambios constitucionales, así como de la diversidad de programas transversales que extendieron la vigencia práctica de los derechos de las mujeres... introdujo importantes avances en el enfoque de ciertos temas”. Por su parte, Olea señala que “frente a la imposibilidad de intervenir en los pactos patriarcales ya signados antes que ella, Bachelet no tuvo poder real de intervención. En estos momentos, la Presidenta recurrió a la vieja astucia femenina, ‘hacerse la loca’”.

Reconocer el elemento de la astucia, que es uno de los componentes de la política junto con la fuerza, no deja de ser controversial en una mujer que la ciudadanía ha tendido a observar como alejada de los partidos políticos y de los círculos de poder transaccional y, en buena parte, víctima de ellos y de los medios de comunicación. A ello contribuyó cuando señaló que era víctima del “femicidio político”, una manera de aludir al “asesinato de imagen” que, a su juicio, experimentaba tanto por parte de los medios de comunicación como de la propia clase política, y que se inspira en un concepto acuñado por Manuel Cabieses, director del diario *Punto Final*.¹²

12. Para más detalles, consultar Cabieses, M., “El ‘asesinato de imagen’ de Michelle Bachelet”, en *Punto Final*, 15 de agosto 2007.

En todo caso, lo que se pretende es proponer una dimensión distintiva y con potencial heurístico: la de las estrategias políticas seguidas por Bachelet, lo que incluye elementos instrumentales y cercanos a la transacción y donde el género puede ser utilizado para el logro de otros fines. Nos interesa, más particularmente, afirmar que dichas estrategias existieron, y que fueron utilizadas para enfrentar la heterogeneidad femenina existente en Chile y que, a juicio de las expertas, constituye la dificultad esencial para que la representación numérica pudiera confluir con la sustantiva.

Por tanto, postulamos la necesidad de analizar su mandato y su comportamiento político en un sentido específico: en su apelación hacia las mujeres, desde la perspectiva de utilizar la paridad ministerial y la reivindicación de un liderazgo femenino, no ya como medidas concretas o sustancias de una agenda de género, sino como arenas en las que, junto con converger dimensiones políticas, relativas a la ciudadanía y a la representación, en el primer caso o, en el segundo, en una dimensión más personal resultante de una manera de hacer las cosas y tomar decisiones, se juegan y conjugan dimensiones culturales e ideológicas relativas al feminismo de la igualdad y de la diferencia. La dialéctica de ambas, tanto en sentido retórico como práctico, habría permitido diluir las tradicionales dicotomías que suelen rodear el debate acerca de la necesidad de aumentar la representación femenina y abogar por los derechos de las mujeres, relativos a igualdad/diferencia, universalismo/particularismo, privado/público, promoviendo un sentido de comunalidad y de pertenencia.

El feminismo de la igualdad es asociado con la primera ola del feminismo en el que las mujeres demandaban un equiparamiento de sus derechos en relación a los hombres, específicamente en materia de sufragio femenino, acceso igualitario a la educación, acceso al trabajo y equiparación de salarios. El feminismo de la diferencia, asociado a la segunda ola, cuestiona el concepto de igualdad homogeneizante, observa en él una pérdida de identidad femenina y propugna una nueva interpretación en base a las diferencias, tanto entre hombres y mujeres como entre ellas mismas. Olea es la autora que, a través del análisis del uso de lo corpóreo, más se acerca a esta percepción, por cuanto señala que “Bachelet juega en posiciones desplazadas que la configuran particularmente productiva como sujeto plural de poder”, o cuando, aludiendo indirectamente al efecto teatral de la actividad política, se refiere a ella como “una sujeto altamente empática, que sabe posicionarse con movilidad en un campo amplio de identificaciones femeninas”.

No resulta del todo fácil imaginar ambos tipos de feminismo actuando en perfecta convergencia, por cuanto tradicionalmente han antagonizado entre sí, según García de León, pero, aparentemente, la ex Presidenta logró un razonable equilibrio en la proyección de ambos, sintetizando un feminismo sofisticado. Aceptando los peligros que ambas posturas encierran, dicha autora no deja de señalar que “todo aporta, todo sirve como pared dialéctica con la que enfrentarse, cuando un fenómeno social es tan complejo como el que nos ocupa”, reconociendo la importancia de enfatizar la “ética del cuidado”, reivindicada incesantemente por Bachelet en sus discursos, frente a la “ética de la igualdad”, basada en la noción formal de justicia y en una racionalidad instrumental sin implicaciones personales, de acuerdo a dicha autora.

PARIDAD Y LIDERAZGO FEMENINO: ¿UNA ESTRATEGIA BICÉFALA?

Desde esta perspectiva, ¿cómo puede interpretarse la paridad ministerial del gobierno de Bachelet y su apelación a un liderazgo distintivo, femenino y de nuevo cuño? Quizás la afirmación de Olea, según la cual “es un gesto que representa uno de los más importantes avances en las relaciones de las mujeres y la política”, pueda considerarse exagerada, pero no es posible desconocer que era una antigua demanda del movimiento de mujeres en Chile. A pesar de ser una antigua demanda del movimiento de mujeres. Recién con Bachelet en la presidencia es posible observar gestos concretos en la materia, no antes.

A poco de asumir, instruyó a su entonces Ministro del Interior, Andrés Zaldívar, a que formase un grupo de trabajo con el fin de estudiar y elaborar una propuesta de reforma al sistema electoral binominal vigente. Dicho grupo, denominado Comisión Boeninger, diseñó un proyecto en el horizonte de un sistema proporcional, considerando cuatro principios relevantes para una nueva configuración: igualdad de voto entre los ciudadanos, representatividad, competitividad y gobernabilidad. Adicionalmente, integró tres criterios: territorialidad, mínima disrupción frente al mapa electoral actual y simplicidad. Entre sus recomendaciones generales, acordó ciertos elementos, tales como la propuesta de sistemas electorales plurinominales; el aumento de la cantidad de parlamentarios (a 150 diputados y 50 senadores, respectivamente); la ampliación del número de candidatos; listas abiertas y cuotas de género, y la recomendación de crear una entidad autónoma especial, encargada de revisar cada diez años la conformación de los distritos en función de las variaciones de la población, entre otras. Esta propuesta no fue acogida por la coalición de gobierno, aun cuando representantes de todos los sectores del oficialismo participaron en su diseño. Es importante precisar que la Comisión redactora reconoció que la equidad de género era uno de los principios a observar en cualquier proyecto de reforma al sistema electoral y, además, adjuntó al informe final el documento “La equidad de género en la reforma electoral”, que reconoce la necesidad de que los partidos integren tantos hombres como mujeres en las listas de candidatos, dada la imposibilidad de avanzar en la idea de listas cerradas. Ello significa ir más allá de un porcentaje-meta y hablar de “equilibrio de género”, de forma que ninguno de los dos sexos supere el 60 % de los escaños. Adicionalmente, el mencionado documento fundamenta el requerimiento, tanto político como técnico, de vincular la discusión de la reforma electoral con la ley de cuotas. Finalmente, también recomienda explorar vías que permitan disminuir la desigualdad de género en la vida política, con particular énfasis en el cuidado igualitario de los hijos en periodos de campaña. Con base en lo preparado por la Comisión Boeninger, el ejecutivo presentó en junio del 2006 una propuesta concreta de reforma al sistema electoral, introduciendo cambios a la Carta Fundamental con el objeto de: (1) lograr una efectiva proporcionalidad en la representación popular, conciliar la no exclusión de ninguna persona y asegurar la igualdad del voto, logrando una adecuada representación de las regiones del país; (2) incorporar mecanismos que incentiven la participación de las mujeres en la actividad política; (3) suprimir la referencia del número de diputados que componen la cámara; (4) suprimir la referencia del número par e impar a los que corresponde cada región, sin alterar el actual calendario

eleccionario; y (5) suprimir la inhabilidad para ser candidato a diputado o senador de la República. Independientemente de que la propuesta no alcanzó a presentarse al Congreso, esta fue la primera vez que se envió desde el Poder Ejecutivo una señal política en orden de avanzar en una ley de cuotas femeninas –previa reforma al sistema electoral vigente– haciéndose cargo, además, de las repetidas recomendaciones de los organismos internacionales con relación a la situación de subrepresentación de las mujeres chilenas en cargos de designación y de elección popular. Así, por ejemplo, el Comité para la Eliminación de la Discriminación contra la Mujer, en su 36º período de sesiones, aunque “acoge con satisfacción los recientes progresos en los puestos de adopción de decisiones en la vida pública”, expresa su preocupación por la escasa presencia femenina en el parlamento, los municipios y en el servicio exterior, y paralelamente llama la atención sobre la necesidad de “intensificar sus esfuerzos encaminados a reformar el sistema electoral binominal”.

Cabe, asimismo, señalar que una nueva ofensiva tuvo lugar a fines del año 2006, cuando la Comisión de Familia debatió un proyecto de ley cuyo objetivo era modificar diversos cuerpos legales para promover el derecho de las mujeres a participar en la vida pública nacional. Sin embargo, la votación en la Comisión no prosperó debido a la abstención de uno de los diputados integrantes.

En igual sentido, en abril del 2007, la Presidenta envió el Mensaje Nº 52-355, que pretendía iniciar un proyecto de reforma constitucional para suprimir la referencia al número de diputados. Como los anteriores, no tuvo mayor fortuna. La Presidenta Bachelet no ha cejado en su empeño por lograr que, durante su mandato, se avance en la instalación de medidas político-institucionales que garanticen una mayor presencia de mujeres en los cargos de representación popular. El último de sus intentos data del 29 de octubre de 2007, momento en que firmó un proyecto de ley que establece una participación política equilibrada entre hombres y mujeres, colocando incentivos financieros para que mayor cantidad de mujeres resulten electas. Finalizado su mandato, el proyecto no había sido discutido en el Congreso, y Chile se mantenía como un país impermeable a una disposición asumida en casi la totalidad de la región¹³.

Pero la paridad, en el contexto de nuestro análisis, no debiera ser entendida solamente como una solución que viene a denunciar la exclusión femenina y a promover la legitimidad de su inserción política, al igual que los cupos. Astelarra asume que tiene sus detractores por cuanto desconoce la figura del ciudadano “neutro” para colocarle género, la presenta en dos concepciones. Como tipo de acción positiva, que plantea que los dos géneros tengan la misma representación en todas las actividades, pero esencialmente en los puestos y cargos políticos, de acuerdo a la cual ningún género

13. Detalles de las vicisitudes experimentadas por el gobierno de Michelle Bachelet para impulsar una ley de cuotas pueden consultarse en Fernández, M^a de los Ángeles, “Equidad política de género en el Chile actual: entre promesas y resistencias”, en *Anuario de Derechos Humanos, Centro de Derechos Humanos*, Santiago: Universidad de Chile, 2008, págs. 221-228 (ubicable en <http://www.cdh.uchile.cl/publicaciones/Anuarioddhh>) y en Cáceres, V., “¿Tengo que mandar como hombre o puedo hacerlo como yo quiera?”, en *Y votamos por ella. Michelle Bachelet: miradas feministas*, de Burotto, Alessandra y Carmen Torres (Eds.), Santiago: Fundación Heinrich Böll y Fundación Instituto de la Mujer, 2010, págs. 47-49.

tendría más de 40% ni menos de 60% (entendida como una relación) o bien en sentido aritmético, 50-50. Valcárcel no estaría del todo de acuerdo porque, para ella, discriminación positiva y paridad no deben ser confundidas puesto que la segunda “busca evitar ‘el techo de cristal’, esto es, que el sistema completo de autoridad y poder sesgue en función del género y no sea imparcial”. En el marco del sistema de género, también plantea una nueva concepción de la ciudadanía que busca cambiar el propio sistema de género, lo que no se logra cambiando a las mujeres como un colectivo o a las actividades masculinas para incorporar a ellas más mujeres. En nuestro contexto, el análisis de la paridad se ha efectuado desde la óptica de las resistencias que debió enfrentar. Primero, dicha decisión presidencial que, primero, despertó el escepticismo para terminar en un abierto cuestionamiento, no solamente por la rotación que experimentó como producto de los cinco cambios de gabinete efectuados durante el período de estudio, sino porque se interpretó en abierta contradicción con otros criterios que debieran iluminar la conformación del equipo de Gobierno como, por ejemplo, de tipo meritocrático, visualizándolos como contradictorios.

Pero surge otra perspectiva de análisis de la paridad cuando vemos que, por virtud de su aplicación, no solamente ingresan más mujeres a la vida política sino que, si estas son distintivas y diversas, cuando lo fue en el caso del gabinete de Bachelet, permite aumentar las oportunidades de identificación para las mujeres en su conjunto. En este momento, se quiebra la inquietante imagen de la mujer que, según Valcárcel, ejerce el poder sin la completa investidura puesto que, de hecho, emerge una mujer como Bachelet que delega y entrega poder a otras, sus ministras. Pero no solamente eso, sino que se abre una pendiente para la expresión de una tercera vertiente del feminismo, la de la diversidad, pero no entendido en su apertura hacia la multiculturalidad, sino de las identidades plurales femeninas que, personificadas en las secretarías de Estado, comienzan a transitar en el espacio político, impactando con ello en los modelos culturales y el ejercicio femenino del poder. Sin duda, ello contribuyó aun más a la proyección de una imagen de la diversidad femenina que ya descansaba en la propia Bachelet, dueña de un crisol biográfico polisémico, que posibilitó la interpelación a una multiplicidad de mujeres, fueran estas madres, jefas de hogar, profesionales, separadas y víctimas de las violaciones a los derechos humanos, entre otras condiciones¹⁴.

Por su parte, la ciudadanía fue recogiendo la medida como un hecho positivo, y así lo constata el Informe de Desarrollo Humano del PNUD de 2010, dando cuenta de diversos estudios que dan cuenta de la alta valoración femenina de la gestión de las

14. El papel que las biografías de los candidatos juegan en sus campañas no es algo nuevo, pero sí parece estar poniéndose de moda. Se puede hablar, incluso, de una tendencia mundial asociada a los cambios que experimenta la política. El caso de Barack Obama, hoy Presidente de EE.UU, parece ser un caso similar. Las diferencias pueden venir dadas por el nivel de autoconciencia que tiene el candidato de que su historia personal podría convertirse en un elemento útil a los fines de su campaña. Para el caso de Bachelet, se sugiere consultar Peña, C., “El secreto de Verónica”, Reportajes *El Mercurio*, 17 de julio 2005; y Fernández Ramil, M^a de los Angeles, “El poder de la biografía: el caso de Michelle Bachelet”, en *Liderazgo político en sociedades modernas*, de González Rebolledo, I., comp. Veracruz, El Colegio de Veracruz, 2009, págs. 283-374.

ministras, así como de la medida paritaria. Frente a este cuadro, resulta todavía más contrastante la decisión del gobierno del Presidente Piñera, no solamente de discontinuar la paridad sino, además, de efectuar designaciones en ministras que, en terminología de Valcárcel, se acercan más a la figura de “florero” por cuanto “son colocadas por cooptación en un puesto público revelante” (a diferencia de las mujeres “cuota”, a las que se supone que cuentan con el apoyo de otras mujeres a las que representan).

Pero, como diría Camps, “la democracia paritaria es como el liberalismo. Un punto de partida, no un punto de llegada”. Es por eso que es posible identificar la reivindicación de un liderazgo femenino como la segunda punta de lanza de una posible estrategia política que pretendidamente, en forma deliberada o no, apunte a desmontar y a deconstruir la heterogeneidad femenina. Si bien no se ha identificado un estilo claro para el caso de presidentas que han presidido países, sí se ha constatado su preferencia por los temas sociales. En este marco, Bachelet encontró el calce perfecto, ya que identificó, como el legado que aspiraba a dejar, la protección social, un conjunto de políticas sociales que, desde el nacimiento hasta la vejez, respondieran a las inseguridades emergentes en la sociedad chilena y todo ello dibujado bajo la lógica de derechos. Es, entonces, bajo esta aspiración que cobra sentido su reivindicación de la llamada “ética del cuidado”, colocando a los más vulnerables como los destinatarios privilegiados de sus políticas y apelando a la empatía y a la capacidad de ponerse en los zapatos del otro.

Pero esta apelación a un liderazgo distintivo, de corte femenino, estaría incompleta sin su reivindicación de las características de la deliberación, la cooperación y el diálogo como una forma distintiva (y femenina) de resolver los asuntos públicos. Es por eso que convirtió en marca registrada de su gobierno, las llamadas “comisiones ciudadanas”, instancias que convocaron a diversos actores para deliberar y proponer políticas públicas en diversidad de temas, aunque con alcances disímiles. La más exitosa fue, sin duda, la Comisión Marcel, que elaboró la propuesta que se transformaría posteriormente en la reforma provisional, reconocida como la más emblemática de su mandato. Se ha señalado que la generación de dichas instancias fue una vía de salida a la expectativa que generó su proclama de “gobierno ciudadano”, una de los tres ejes que caracterizarían su gestión –junto con la paridad y los nuevos rostros–. Como sea, dichas instancias han quedado indisolublemente unidas a su estilo.

Ambas estrategias, paridad y liderazgo femenino, pudieran ser entendidas como la clave de una orientación y un talante, en el marco más amplio del ejercicio del poder, que pudiéramos llamar la “política de la esencia”. Está expuesta, sin dudas, a recibir las críticas de aquellas que reivindican una autonomía femenina que, de alguna forma, ha pasado a ser escamoteada por las dinámicas de una democracia que, como la chilena, no solamente prestó oídos sordos a la invitación de devenir en una de tipo paritario, sino que ha recalado en una de tipo procedimental, traicionando así su horizonte normativo. Lo advierte Castillo cuando afirma que “pensar la autonomía política de las mujeres desde una perspectiva feminista supone cuestionar la lógica de la diferencia sexual inherente a la construcción de los liderazgos femeninos”. Efectivamente, según Marques-Pereira, es posible acusar a la paridad de ser la “la expresión de un nuevo esencialismo, ya no fundado en lo biológico, sino en el presupuesto de una comunidad

de vivencias, de intereses y de valores que compartiría el conjunto de las mujeres, de forma que la homogeneización de las mujeres como grupo, en relación con lo político, las transforma en una categoría esencialista”. Por su parte, el liderazgo femenino, reclamado como propio por la ex Mandataria en el sentido de que debiera ser entendido bajo otros códigos¹⁵ significaría, junto con contribuir a esencializar las cualidades distintas de las mujeres, también una apuesta por enfatizar aquellos valores que han estado relegados al ámbito de lo privado, a una categoría inferior, como el cuidado, la asistencia y la contención, situándolos en una posición en la que puedan ser reconocidos, apreciados y considerados.

Pero la política, a fin de cuentas, se mide por sus resultados. Michelle Bachelet terminó su mandato con el más alto índice de popularidad de la historia presidencial chilena (más de 80%)¹⁶, constituyó a las mujeres como su base permanente de apoyo, atravesando las diferencias ideológicas y aún hoy, transcurrido un año y medio del final de su mandato, permanece como la figura indiscutida, no solamente de la Concertación de Partidos por la Democracia, sino de la oposición en su conjunto., ¿Alguien pudiera esperar más? En el marco del gradualismo democrático, mal pudiera haber hecho Bachelet la revolución de género cuando su propio ascenso a la Presidencia supuso la transgresión de los códigos y las cerradas prácticas de selección de los liderazgos políticos chilenos, garantizando la continuidad de una Concertación que nunca se imaginó veinte años de durabilidad en el poder.

Por último, no es del todo extraño que en un país como Chile, que recibe “alabanzas por su estabilidad macroeconómica que no ha sido precisamente acompañada por avances similares en materia de desconcentración económica, menor desigualdad de ingresos y menor heterogeneidad productiva”¹⁷, las estrategias de Bachelet que hemos circunscrito a la paridad y al liderazgo femenino, aun con su contracara de esencialismo, hayan contribuido, no solamente a modificar los límites normativos del ejercicio del poder cuando es ejercido por una mujer, sino también a configurar, en el imaginario político de las desiguales chilenas, la promesa de un territorio compartido.

-
15. En el marco de los debates generados por los altos índices de popularidad de la mandataria en la recta final de su mandato y de la preocupación por la dificultad para transferirlos al candidato presidencial de su propia coalición, analistas como Mansuy, D., “El liderazgo de Michelle Bachelet”, *El Mostrador*, 13 de octubre 2009, terminaron por aceptar lo que la propia Bachelet no dejaba de repetir: que dejasen de aplicarle códigos políticos tradicionales que no cuadraban con su estilo ni personalidad. Para más detalles, consultar Bofill, C., “El problema de la Concertación son los personalismos”, *La Tercera Reportajes*, 10 de mayo 2009, pág. 5; y Fernández Ramil, M^a de los Ángeles, “Una popularidad bajo otros códigos”, *El Mostrador*, 23 de noviembre 2009; también Fernández Ramil, M^a de los Ángeles, “El código Bachelet”, *La Segunda*, 1 de diciembre 2009b.
 16. Nos referimos al 84 % de adhesión, en marzo de 2010. Para más detalles, consultar Serie histórica: Evaluación del gobierno de la ex Presidenta Michelle Bachelet, marzo 2006-2010, en www.adimark.cl.
 17. Solimano añade que “la economía chilena se caracteriza por una elevada concentración en la distribución del ingreso (coeficiente de Gini cercano a 55%, un nivel alto para los estándares regionales y globales)”. Para más detalles, consultar Solimano, A., “Concentración económica, heterogeneidad productiva, políticas públicas y contrato social en Chile”, en *Hacia un crecimiento inclusivo: Propuestas de política económica*, de Escobar, Luis Eduardo (Ed.), Santiago: CAF-Fundación Chile 21, 2010, págs. 57-.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguilera, C., "Iniciativas de participación ciudadana en reformas de políticas públicas en el gobierno de Michelle Bachelet: los Consejos Asesores Presidenciales", en *América Latina Hoy*, 46, 2007, págs. 119-143.
- Astelarra, J., "Políticas de género en la Unión Europea y algunos apuntes sobre América Latina", Serie Mujer y Desarrollo, N° 57, Santiago: CEPAL, 2004.
- Burotto, Alessandra y Torres, Carmen(Eds.), "Más allá de la igualdad de oportunidades", en *Y votamos por ella. Michelle Bachelet: miradas feministas*, Santiago: Fundación Heinrich Böll y Fundación Instituto de la Mujer, 2010, págs. 11-16.
- Cáceres, T., "¿Tengo que mandar como hombre o puedo hacerlo como yo quisiera?", en Burotto, Alejandra y Torres, Carmen, (eds.), *Y votamos por ella. Michelle Bachelet: miradas feministas*, Santiago: Fundación Instituto de la Mujer-Fundación Heinrich Boll, 2010, págs. 35-56.
- Camps, V., *El siglo de las mujeres*, Madrid: Ediciones Cátedra, 2000.
- Castillo, A., "La autonomía política de las mujeres en las democracias elitistas, Debates críticos", 2011, págs. 6-11.
- Díaz, Soledad y Schiappacasse, Verónica, "Derechos sexuales y reproductivos en el gobierno de Michelle Bachelet", en Burotto, Alejandra y Torres, Carmen(Eds.), *Y votamos por ella. Michelle Bachelet: miradas feministas*, Santiago: Fundación Instituto de la Mujer-Fundación Heinrich Boll, 2010, págs 9-41.
- Díaz-Romero, P., "La dimensión de género en la administración Piñera", en *Una nueva forma de gobernar: La instalación*, Santiago: Fundaciones Equitas y Friedrich Ebert, 2010, págs. 142-161.
- El "asesinato de imagen" de Michelle Bachelet, *Punto Final*, 15 de agosto 2007. El código Bachelet, 1 de diciembre de 2009.
- "El liderazgo de Michelle Bachelet", *El Mostrador*, 13 de octubre de 2009.
- "El problema de la Concertación son los personalismos", *La Tercera* Reportajes, 10 de mayo 2009, pág. 5.
- "El secreto de Verónica", Reportajes *El Mercurio*, 17 de julio 2005.
- "El Segundo Piso está más dedicado a apuntalar a los ministerios que a reflexionar, *La Tercera*, 11 de junio de 2011, pág 6.
- Elizondo, A., "Comportamiento político de las mujeres: evolución y paradojas en las investigación", en Uriarte, Edurne y Elizondo, Arantza, (coord.), *Mujeres en política*, Barcelona: Editorial Ariel, 1977, págs. 33-52.
- Fernández Ramil, M^a de los Ángeles, "Equidad política de género en el Chile actual: entre promesas y resistencias", en *Anuario de Derechos Humanos*, Santiago: Centro de Derechos Humanos Universidad de Chile, 2008, págs. 221-228.
- Fernández Ramil, M^a de los Ángeles, "El poder de la biografía: el caso de Michelle Bachelet", en *Liderazgo político en sociedades modernas*, de González Rebolledo, Ignacio (comp.), Veracruz: El Colegio de Veracruz, 2009, págs. 283-374.
- Fernández Ramil, M^a de los Ángeles, "El encandilamiento", en *Qué Pasa*, N° 2066, 2010, págs 18-19.
- Franceschet, S., *Women and politics in Chile*, Boulder: Lynne Rienner Publishers, 2005, pág. 203.
- Franceschet, S., "El triunfo de Bachelet y el ascenso político de las mujeres", en *Nueva Sociedad*, 202, 2008, págs. 13-22.
- Franceschet, S., "¿Continuity or change? Gender policy in the Bachelet administration", en Borzutzky, Silvia y Weeks, Gregory B., (eds.), *The Bachelet Government. Conflict and consensus in post-Pinochet Chile*, Gainesville: University Park of Florida, págs. 158-222, 2010.

- Franceschet, Susan y Thomas, Gwynn, “Renegotiating Political Leadership: Michelle Bachelet’s Rise to the Chilean Presidency”, en Murray, Rainbow (Ed.), *Cracking the Highest Glass Ceiling: A Global Comparison of Women’s Campaigns*, Praeger Publishing, 2010, págs. 177-195.
- Fries, L., “Avances y desafíos en torno a la autonomía política de las mujeres”, en Valdés, T (Ed.), “¿Género en el poder? El Chile de Michelle Bachelet”, Santiago: Observatorio de Género y Equidad, UNDEF, UNIFEM y Corporación de Estudios para el Desarrollo de la Mujer, 2010, págs. 113-136.
- García de León, M^a. Antonia, *Herederas y heridas. Sobre las élites profesionales femeninas*, Madrid: Ediciones Cátedra, 2002.
- Gamble, A., *Política y destino*, Madrid: Siglo XXI de España Editores, 2003.
- Genovese, Michael A., “Mujeres líderes nacionales ¿Qué sabemos sobre el tema?”, en: Genovese, Michael A. (Ed.), *Mujeres líderes en política. Modelos y prospectiva*, Madrid: Narcea S.A. de Ediciones, 1997, págs. 277-283.
- Genovese, Michael A. y Seth Thompson, “Las mujeres dirigentes del ejecutivo. ¿Qué importancia tiene el género?”, en Genovese, Michael A. (Ed.), *Mujeres líderes en política. Modelos y prospectiva*, Madrid: Narcea S.A. de Ediciones, 2007, págs. 19-32.
- Gerber, B., “Género, poder y comunicación: la presidenta Michelle Bachelet”, en: Quiroga, Yesko e Ensignia, Jaime (Eds.), *Chile en la Concertación (1990-2010). Una mirada crítica, balance y perspectivas*, Santiago: Fundación Friedrich Ebert, 2009, págs. 383-406.
- Heifetz, Ronald A., *Liderazgo sin respuestas fáciles. Propuestas para un nuevo diálogo social en tiempos difíciles*, Barcelona: Paidós, 1997.
- Heller, L., *Voces de mujeres. Actividad laboral y vida cotidiana*, Barcelona: Sirpus, 2008.
- Htun, Mala y Piscopo, Jennifer M., “Presence without empowerment? Women in politics in Latin America and the Caribbean”, paper preparado por Conflict Prevention and Peace Forum, Global Institute for Gender Research (GIGR)-Idea Internacional, 2010.
- Izquierdo, José Miguel y Navia, Patricio, “Cambio y continuidad en la elección de Bachelet”, en *América Latina Hoy*, 46, 2007, págs. 75-96.
- Jalalzai, Farida y Mona Lena Krook, “Beyond Hillary and Benazir: Women’s political leadership worldwide”, en IPSR, 31 (1), 2010, págs. 5-22.
- “La ‘cariñocracia’ de Bachelet”, *La Tercera*, 4 de julio de 2009, pág. 12.
- “La orfandad del género”, *La Tercera*, 16 de agosto de 2010.
- Lawless, J. y Richard Fox, *It takes a candidate. Why women don’t run for office*, New York Cambridge University Press, 2005.
- López Hermida, A., “La imagen de la mujer en política: La campaña electoral televisiva de Michelle Bachelet”, en *Cuadernos de información*, 24, 2009, págs. 5-16.
- Maffia, D., “La agenda de género en el gobierno de Cristina Kichner”, en: Valdés, T. (Ed.), *¿Género en el poder? El Chile de Michelle Bachelet*, Santiago: Observatorio Género y Equidad-UNDEF-UNIFEM-Corporación de Estudios para el Desarrollo de la Mujer, 2010, págs. 185-204.
- Matamala, M^a Isabel, “A medio camino en un entrevero: ¿quedó desnuda la igualdad de género?”, en Burotto, Alessandra y Torres, Carmen (Eds.), *Y votamos por ella. Michelle Bachelet: miradas feministas*, Santiago: Fundación Instituto de la Mujer-Fundación Heinrich Böll, 2010, pág. 141-168.
- Marqués-Pereira, Beréngere, “Cupos o paridad: actuar como ciudadanas”, *Revista de Ciencia Política*, vol. XXI, 2002, págs. 101-121.
- Martin, M^a. Pía, Arnt, M^a Eliana y Roa, *Políticas públicas hacia la mujer y perspectiva de derechos en el Chile democrático (1990-2009)*, Santiago: Proyectamérica-Fundación Carolina, 2010.

- Morales, M., "La primera mujer Presidenta de Chile. ¿Qué explicó el triunfo de Michelle Bachelet en las elecciones de 2005-2006?", *Latin American Research Review*, vol. 43, 2008, págs. 7-32.
- Olea, R., "Michelle Bachelet: fases y facetas de su representación pública", en: Burotto, Alessandra y Torres, Carmen (Eds.), *Y votamos por ella. Michelle Bachelet: miradas feministas*, Santiago: Fundación Heinrich Böll y Fundación Instituto de la Mujer, págs. 17-34.
- Oliva, D., "Voto femenino en Chile: entre el retorno a la derecha y el amor por un independiente", en: Morales, Mauricio y Navia, Patricio (Eds.), *El sismo electoral de 2009. Cambio y continuidad en las preferencias políticas de los chilenos*, Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, págs. 201-218.
- PNUD, Desarrollo Humano en Chile. Género: los desafíos de la desigualdad, Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, Santiago, 2010.
- Politzer, P., *Bachelet en tierra de hombres*, Santiago: Debate, 2010.
- Ríos, M., "¡Más político que cultural! O ¿Cómo llegó en Chile una mujer a la Presidencia?", en Forum. Pittsburg, P.A., Latin American Studies Association, 2006, págs. 31-33.
- Thomas, Gwynn y Melinda Adams, "Breaking the Final Glass Ceiling: The Influence of Gender in the Election of Ellen Johnson-Sirleaf and Michelle Bachelet", *Journal of Women, Politics and Policy*, 31, 2010, págs. 105-131.
- Thomas, G., "Michelle Bachelet's Liderazgo Femenino (Feminine Leadership): Gender and Redefining Political Leadership in Chile's 2005 Presidential Campaign", en *International Feminist Journal of Politics*, 13, 2011, págs. 63-82.
- Shugart, Matthew Soberg y Scott Mainwaring, "Presidencialismo y democracia en América Latina: revisión de los términos del debate", en Mainwaring, Scout y Shugart, Scout Matthew (Eds.), *Presidencialismo y democracia en América Latina*, Buenos Aires: Paidós, págs. 19-64.
- Siavelis, P., "How new is Bachelet's Chile? Current History", Feb 2007, págs. 70-76, 2007.
- Solimano, A., "Concentración económica, heterogeneidad productiva, políticas públicas y contrato social en Chile", en Escobar, Luis E. (Ed.), *Hacia un crecimiento inclusivo: Propuestas de política económica*, Santiago: Corporación Andina de Fomento-Fundación Chile 21, 2010, págs. 55-102.
- Stiegler, B., "Género en el poder: Alemania y la Canciller Federal Angela Merkel", en Valdés, T. (Ed.), *¿Género en el poder? El Chile de Michelle Bachelet*, Santiago: Observatorio Género y Equidad-UNDEF-UNIFEM-Corporación de Estudios para el Desarrollo de la Mujer, 2010, págs. 165-184.
- "Una popularidad bajo otros códigos", *El Mostrador*, 23 de noviembre de 2009.
- "Una Presidenta más querida que exitosa", *La Tercera* Reportajes, 8 de marzo de 2009, pág. 10.
- Valcárcel, A., *La política de las mujeres*, Madrid: Ediciones Cátedra, 2004.
- Valcárcel, A., *Feminismo en el mundo global*, Madrid: Ediciones Cátedra, 2009.
- Valdés, T., "Introducción", en su: *¿Género en el poder? El Chile de Michelle Bachelet*, Santiago: Observatorio Género y Equidad-UNDEF-UNIFEM-Corporación de Estudios para el Desarrollo de la Mujer, 2010, págs. 11-18.
- Valenzuela, Sebastián y Correa, Teresa. "Prensa y candidatos presidenciales 2006: Así los mostramos, así los miramos", *Cuadernos de Información*, Nº 19, 2006, véase: http://fcom.altavoz.net/prontus_fcom/site/artic/200061201/pags/20061201145249.html
- Varas, A., "Del éxito al fracaso concertacionista. El gobierno de Michelle Bachelet y la derrota electoral de 2010", en Quiroga, Yesko y Ensignia, Jaime (Eds.), *Chile en la Concertación (1990-2010). Una mirada crítica, balance y perspectivas*, Santiago: Fundación Friedrich Ebert, 2009, págs. 299-338.